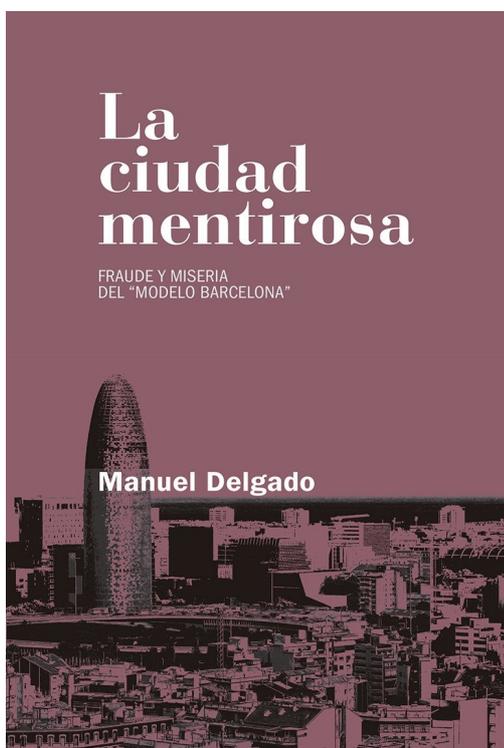


Ciudad-mercancía, disciplinamiento e impostura: crítica del 'Modelo Barcelona' en *La ciudad mentirosa*¹

Juan CASTILLO ROJAS-MARCOS

Universidad Pablo de Olavide, España

juancastillorm@gmail.com



Manuel Delgado

La ciudad mentirosa.

Fraude y miseria del 'Modelo Barcelona'

[2007] 2017. Catarata, 288 pp.

“Y es que toda esta obra es una larga carta de amor; desaforada, impaciente, exagerada, ¿cómo sería una carta de amor “moderada”? [...] Carta de amor a Barcelona, de amor despechado, pues ella, la amada, ha acabado en los brazos de quien poco la amaba y menos la merecía” (Delgado, [2007] 2017: 17-18).

Esas palabras vibrantes cierran la Introducción de la tercera edición de la obra de Manuel Delgado *La ciudad mentirosa*. Y a su vez las elijo como mi particular introducción a esta reseña, porque pienso que encierran una buena ración del ánimo que en todo momento guía al libro, de su sentido y su sentir, su razón de ser. Porque (es de justicia no hacer perder el tiempo a nadie) no es éste un libro amigable para los amantes de lo templado, de lo neutral, de la equidistancia o la contención, de la ciencia social mansa que no araña a nadie, que no molesta. Quien abra estas páginas, páginas inclementes, páginas partisanas, “desaforadas, impacientes y exageradas”, que se prepare para tomar partido.

La ciudad mentirosa es, antes que nada, una crítica afilada del modelo de ciudad instaurado en Barcelona a lo largo de las últimas décadas, desde el arranque de los primeros consistorios democráticos hasta la última etapa caracterizada por la gestión de Ada Colau y su Barcelona en Comú. Y sin negar la evolución, las relativas transformacio-

¹ Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de la obra de Manuel Delgado *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del 'Modelo Barcelona'* (2007 [3ª edición 2017], Catarata).

nes, que ese desarrollo urbanístico ha atravesado, ni renunciar a analizarlo, en los distintos capítulos, desde diferentes ángulos, Delgado hilvana no sólo una cierta coherencia entre todas las partes del libro, sino un verdadero hilo conductor a todo el texto, un mismo diagnóstico que lo atraviesa entero y empapa, hasta los huesos, las distintas vertientes del problema. Ese hilo conductor podemos entenderlo como formado por la superposición de tres temas recurrentes, tres ideas fuerza, tres grandes arterias que riegan todo el libro. Veámoslas.

La primera arteria sería un análisis detallado, minucioso, de las políticas urbanas de signo neoliberal aplicadas en la ciudad durante estos años, y de las transformaciones que éstas han impuesto a la geografía y formas de vida de la capital catalana. El único objetivo de esas políticas ha sido siempre, a lo largo de todo el periodo, convertir Barcelona en una mercancía lo más atractiva y rentable posible para las inversiones del capitalismo global. En palabras de Delgado, Barcelona es desindustrializada imparablemente para ser al mismo tiempo convertida en un "macroescenario para el consumo de masas", concretamente para el "consumo turístico masivo" (Delgado, [2007] 2017: 23-26) Y si eso implica derribar barrios enteros y expulsar a sus habitantes, sumergir a la ciudad en dinámicas especulativas de burbuja inmobiliaria al servicio de intereses empresariales privados, liberalizar totalmente la construcción de vivienda permitiendo que los precios se dispararan, o plagar la ciudad de carísimas edificaciones, firmadas por arquitectos de prestigio internacional, totalmente ajenas e inhóspitas a las necesidades de los barceloneses pero pagadas con su dinero, sea. Al leer todo esto desde la posición de alguien más familiarizado con los procesos urbanos de una ciudad muy diferente, más pequeña, y, digamos, con un rol menos puntero en la globalización capitalista, como es Sevilla, llaman la atención algunos contrastes muy marcados. Comparando, así, *La ciudad mentirosa* con, por ejemplo, una obra clave, de referencia, como es *Sevilla, cuestión de clase* (Díaz-Parra, 2010), aparecen múltiples paralelismos, pero también divergencias, entre las que, a mi juicio, resulta especialmente interesante la siguiente: ese tipo de proceso que combina la espectacularización del espacio urbano, la higienización destructiva del centro histórico, y su consiguiente gentrificación, orientado en última instancia a convertir la ciudad misma en una mercancía capaz de competir en los mercados internacionales de inversiones y de destinos turísticos, aun cuando es cierto que en las dos ciudades son procesos de este tipo los que en los últimos años han marcado el ritmo de las transformaciones urbanas y las políticas públicas locales, en Sevilla eso no comienza hasta los años 90 con la Expo del 92, o en todo caso, en fase aún embrionaria, con el PGOU de 1987 (Díaz-Parra, 2010, 2011), mientras que en Barcelona, aparentemente, todo ello era ya explícitamente la política urbana oficial desde, al menos, la presentación del 'Plan Barcelona 2000' en el año 1967, y llevaba prefigurándose desde años antes (Delgado, [2007] 2017: 20-21). Esa diferencia tan considerable en los ritmos de adaptación a las tendencias capitalistas globales resulta de lo más reveladora para conocer la particular evolución de una ciudad y de la otra, pero también para com-

prender hasta qué punto es distinta la inserción en el sistema económico global de unos territorios de España y otros, y el reparto de roles entre esos territorios asignado por los poderes políticos y económicos españoles desde hace ya décadas.

La segunda (y, a mi juicio, la más importante, la que más determina el contenido del libro de la primera a la última página) sería la incompatibilidad radical, el choque frontal, que Delgado ve entre dos Barcelonas diferentes: por un lado, la Barcelona oficial, la Barcelona de moda, modélica, de las clases medias sofisticadas y cosmopolitas que han venido capitaneando esa transformación neoliberal de la ciudad; por otra parte, la Barcelona agitada y desordenada, mestiza, la Barcelona de unas clases populares que tienen la mala costumbre de no acatar las normas de etiqueta que se les quieren imponer, de no moldear sus prácticas y creencias en función de lo que más convenga a sus ilustres gobernantes. Y, por si había alguna duda, para Delgado esa incompatibilidad no es un giro desafortunado que nadie deseaba y del que no pueda culparse a ninguna de las partes; ni, mucho menos, del que pueda responsabilizarse a las dos partes por igual. Muy al contrario, esa incompatibilidad, ese antagonismo, no es sino el resultado de la voluntad de la primera de someter y enjaular a la segunda. El problema estaría en que el proyecto político de esa élite, de esa Barcelona oficial, es por encima de todo un proyecto disciplinador de la existencia, que no quiere ni puede permitirse desórdenes, conflictos, interrupciones. Su pretensión infinita de rentabilizar cada metro cuadrado del suelo de la urbe exige amaestrar los cuerpos que la habitan, y tolerar únicamente las conductas e idiosincrasias prefabricadas, de postal de aeropuerto, que contribuyan a que la ciudad cotice más y más en el mercado internacional de destinos turísticos e inversiones financieras especulativas —o lo que es lo mismo, corregir, invisibilizar o expulsar a todas las demás, a esas humanidades intolerables que no estén dispuestas a claudicar su autonomía. El objetivo es abolir lo imprevisible, conseguir que la Barcelona de carne y hueso, o de cemento y asfalto, no sea menos armónica, plana y ordenada que las maquetas con que se encandila a sus futuros amos, los potenciales inversores —convertir, en última instancia, Barcelona en otra maqueta más, en la más perfecta, racional(ista), fría e irrespirable de las maquetas, y barrer a toda aquella y todo aquel que no encaje en esa utópica pesadilla. Lo que no habrían llegado a entender esas élites es que las malas noticias nunca tardan en volver, que, Goffman (1972: 300) dixit, “donde quiera que se imponen mundos se desarrollan submundos”, y que el desorden, el conflicto, el desparrame, la siempre creciente inconmensurabilidad de las formas de vivir, son (y siempre van a ser) el material del que está hecho lo urbano. Lo urbano es siempre un laberinto, no hay ciudad sin jaleo, como no habrá Barcelona sin desgobierno, sin puntos ciegos que escapen al control de sus gestores, y tan infinita es la búsqueda de beneficios de los de arriba como la capacidad para sorprender, desorganizar y traspasar fronteras de los de abajo. Así, vemos que para Delgado ese proyecto político totalizante, esa metrópoli homogénea, monitorizada y de cartón piedra, está, en el largo plazo, condenada al fracaso, o al menos a nunca completar su victoria, pero por el camino es capaz

de generar todo tipo de sufrimientos, torpedear las trayectorias vitales de aquellos considerados no aptos para esa Barcelona de la gente cool, y dejar desfigurada, irreconocible, desangrada, la que en otro tiempo fuera una ciudad apasionante, llena de vida y en constante ebullición cultural.

Y la tercera de esas arterias que cosen las distintas partes del libro sería la crítica de la impostura descarada del así llamado 'Modelo Barcelona', que no es sino el envoltorio ideológico y discursivo que las autoridades barcelonesas han conseguido darle a esas políticas neoliberales de ciudad-mercancía. Así, nos cuenta Delgado, mientras se echaba de sus casas por la fuerza a la población de barrios enteros, mientras sumas millonarias de dinero público se dedicaban una y otra vez a macroproyectos urbanísticos y nunca a la protección social de los sectores más vulnerables, mientras se expulsaban sistemáticamente del espacio público las conductas (y las humanidades) no mercantilizables, incómodas, o simplemente poco agradables para la mirada burguesa bienpensante, mientras todo eso tenía lugar, los gobiernos municipales responsables de toda esa violencia (recordemos, coaliciones de izquierda durante la práctica totalidad del periodo) se las apañaban para vender Barcelona como referente internacional de gestión local progresista, de tolerancia, de civismo y buenas maneras, de progreso y modernidad, de apertura. Referente en el sentido literal de constituir una referencia para otros, pues "multitud de ciudades, sobre todo latinoamericanas, recibían asesoramiento desde Barcelona acerca de cómo amparar en elevados discursos de ciudadanía y civilidad grandes dinámicas de transformación urbana destinadas, en última instancia, a la generación de plusvalías" (Delgado, [2007] 2017: 42). Por otra parte, esta preocupación por las miserias morales e ideológicas de una izquierda que, según el autor, habría renunciado a todo horizonte de transformación, o al menos de cuestionamiento, no hablemos ya de derrocamiento, del sistema económico y político capitalista, para abrazar la causa del clásico reformismo ilustrado burgués, y en definitiva para darle una pátina de respetabilidad y hasta de progreso a ese capitalismo y a las injusticias que genera, se ve ampliamente desarrollada en otra obra reciente de Delgado, *Ciudadanismo* (2016), dedicada en exclusiva a explorar precisamente ese tema, y que bien puede, en ese sentido, servir como lectura complementaria a *La ciudad mentirosa*.

Pues, bueno, de eso es de lo que va esta obra, sus páginas son un continuo argumentar, explorar y desarrollar esos tres temas, esas tres ideas, o mejor, esas tres pasiones. En cada capítulo Delgado acomete esa tarea desde distintos lugares, busca el rastro de esas problemáticas en distintos ámbitos de la vida barcelonesa de estas últimas décadas. En el primero, que es también con diferencia el más extenso de los capítulos, trata distintos aspectos de esa transformación de la ciudad en mercancía lista para ser consumida: desde las macro-construcciones especulativas hasta el encarecimiento de la vivienda por la expresa inacción de las autoridades, pasando por las actuaciones higienizadoras de barrios populares supuestamente obsoletos (higienizados a base de expulsar a sus habitantes a las periferias y demoler manzanas enteras para sustituirlas por nue-

vos trazados urbanos pulcros y rectilíneos, del gusto de las élites al mando). Y mientras lo hace, busca las raíces históricas de ese proceso: su tesis al respecto es que la Transición no sólo no supuso una ruptura en las políticas urbanas aplicadas en Barcelona, sino que de hecho las izquierdas democráticamente electas básicamente persistieron en las mismas políticas, los mismos planes, la misma idea de ciudad, previstas por el régimen franquista, sin solución de continuidad, y llevando ese proyecto franquista de ciudad más lejos, a mayores niveles de éxito y prestigio de lo que, probablemente, sus promotores originarios hubieran podido alcanzar nunca. Lo cual vaciaría de toda posible legitimidad la actuación de esas izquierdas. Es cierto que alguien podría responder preguntando si esa continuidad entre la gestión franquista y la democrática de la ciudad no responderán, más que a oscuras lealtades autoritarias y pre-constitucionales de los gobiernos de Serra, Maragall y sus sucesores, más bien al hecho de que ambos regímenes estaban igualmente integrados en, y supeditados a, unas mismas dinámicas de globalización capitalista, a las que afectan poco o nada la forma de gobierno y el nivel de libertad política que exista en los distintos países. Y de hecho en algunos momentos Delgado sugiere también ese análisis, aunque claramente predomina la idea de que no, de que lo que ocurrió es que no hubo verdadero paso a la democracia, sino que el nuevo régimen del 78 era más de lo mismo, franquismo maquillado, y de ahí esa continuidad en las políticas públicas desarrolladas en Barcelona. Pero lo que sí está claro es que Delgado demuestra que, sea como sea, esas continuidades entre la Barcelona pre- y post-Transición son más profundas de lo que cualquiera de sus gobernantes democráticos (incluidos los actuales, en ello insiste mucho Delgado) estarían dispuestos a reconocer sin sonrojarse. Además, va presentando también en este capítulo el tema del 'Modelo Barcelona', ese internacionalmente exitoso revestimiento ideológico progresista, cívico y modernizador que las autoridades municipales han logrado dar a su proyecto neoliberal de ciudad.

El segundo capítulo consiste en una exploración teórica de esa cierta uniformización cultural y política forzada que más arriba mencionábamos como uno de los temas centrales del libro. La tesis del autor es que ésta es la última manifestación de la modernidad en nuestros días, o sea la forma que ese proceso histórico que llamamos modernidad adopta hoy. O si se quiere, la consecuencia perfectamente coherente, en nada disonante, de las anteriores etapas de ese proceso, el resultado de aplicar su lógica secular a la Barcelona de las últimas décadas. Tal y como Delgado lo esboza, la sociedad previa y/o exterior a la modernidad se nos aparece como compuesta por una multiplicidad de esquemas de vida coexistentes pero no siempre compatibles, un continuo tránsito de grupos humanos autónomos débilmente vinculados, y en definitiva un mundo marcado por la inevitabilidad de la cohabitación entre diferentes. Y la modernidad sería la pulsión histórica, el esfuerzo de unas élites durante siglos, por homogeneizar esa heterogeneidad, planchar lo social, centralizar lo productivo y lo administrativo, sí, pero también lo semántico, lo simbólico. Imponer "una sola cultura nacional políticamente santificada"

(Delgado, [2007] 2017: 95). Todo ello, claro, como forma óptima de garantizar el control social. Y a pesar de su aparente éxito a la hora de conformar esas culturas nacionales homogéneas y obedientes al menos a nivel de cada Estado, las ciudades se mostrarían no obstante como un reducto duro de doblegar. En cada rendija de sus grandes metrópolis capitalistas, le brotarían a esa modernidad incompleta formas de dinamismo y fluidez cultural, de autonomía, de diferenciación y multiplicidad, comparables a aquellas que nació derrotando, o que nació para derrotar. De este modo, si la modernidad capitalista y sus élites dirigentes quieren sobrevivir a esta prueba histórica, ejecutar su venganza contra ese enemigo interno, y así estabilizar y completar su dominio, deben poner en marcha nuevos mecanismos de unificación y homogeneización política a nivel urbano. Y, aparentemente, "la revancha del ritual en la sociedad tardocapitalista parece, en ese sentido, haber encontrado en la ciudad de Barcelona el marco perfecto para devenir indiscutible. Y es así con una meta no menos clara: la de construir las bases escenográficas, cognitivas y emocionales de una identidad política emergente. [...] Movimiento perpetuo, ballet de figuras imprevisibles, heterogeneidad, azar, rumor, interferencias... Barcelona. Es negando esa ciudad magmática como el orden político instaura su nueva religión de la Acrópolis" (Delgado [2007] 2017: 118).

El tercer capítulo explora el modo en que determinadas modificaciones del espacio urbano cumplen la función de imponer una única memoria colectiva oficial, una única memoria colectiva posible, hecha por supuesto a medida de las necesidades del poder, invisibilizando así las verdaderas memorias compartidas, generadas por la interacción, el roce, por años de vida en común en las calles de la ciudad. Estas agonizantes memorias auténticas serían siempre plurales, impredecibles, incompatibles entre sí, y, por este motivo, consideradas excesivamente conflictivas e incontrolables por las élites. Las transformaciones del rostro de la ciudad implicadas en ese proceso incluyen, sobre todo, la producción en serie de monumentos históricos artificiales, falsos, nodos simbólicos de una supuesta cultura barcelonesa graciosamente concedida desde arriba; y también, en menor medida, las obras de rehabilitación orientadas a clarificar y simplificar un trazado urbano considerado excesivamente opaco, o la construcción de esos armónicos y controlados simulacros de vida urbana que son los centros comerciales.

Puede entenderse que el cuarto, el quinto y el sexto capítulos forman parte de un mismo bloque, ya que los tres se ocupan de analizar los tipos de antagonismos y contestación popular, más o menos politizada, que han ido emergiendo de esta Barcelona neoliberal, turistizada y homogeneizante. Con distinto grado de detenimiento, va analizando fenómenos como: disturbios de barrio periférico ideológicamente ambivalentes (muy destacadamente el de la zona de Besòs); el botellón y las resistencias generadas por los intentos de prohibirlo; las así llamadas bandas latinas; el muy vilipendiado movimiento okupa, para el que Delgado sólo tiene palabras elogiosas; y un largo ciclo de movilizaciones en Barcelona que, a juicio del autor, arranca aproximadamente con el cambio de siglo, y que se caracterizaría porque los distintos momentos de lucha que lo componen

siempre siguen la lógica de intentar expulsar del espacio público a fuerzas percibidas como ilegítimos ocupantes del mismo. Al mismo tiempo, Delgado defiende una serie de ideas o análisis que dan forma a su mirada sobre esas prácticas. Revisemos algunas de las, a mi juicio, más importantes para entender en qué términos está el autor hablando de esas luchas y resistencias. En primer lugar, se apoya en una comprensión netamente constructivista del concepto de violencia, por la que la violencia es, en cada momento histórico, el apelativo que las clases dominantes vuelcan sobre aquello que resulta intolerable a su orden social y político. Así, cuando los poderosos acusan a alguna de esas experiencias de lucha de ser violentas, en realidad estarían haciendo poco más que, implícitamente, reconocerlos como enemigo peligroso a abatir. En segundo lugar, Delgado establece un paralelismo entre, por un lado, el hacinamiento diario en las fábricas decimonónicas y el papel que éste jugó en la gestación del movimiento obrero, y, por otra parte, el hacinamiento habitacional en los barrios de bloques del desarrollismo franquista, y el papel que éste jugó en la gestación de los muy activos y combativos movimientos vecinales de la Transición. Esto sería lo que, según sigue su razonamiento, explicaría la obsesión del urbanismo de las últimas décadas (en todas partes, y en concreto en Barcelona) por evitar a toda costa la aglomeración de los excluidos en unos mismos barrios, su obsesión en ese sentido por demonizar dicho tipo de segregación habitacional como fuente de todas las patologías sociales y todas las desviaciones. Así, no se trataría en realidad de salvar a los pobres y marginados de sí mismos, sino de un esfuerzo consciente por imposibilitar que una experiencia diaria de vida en común y de unos mismos sufrimientos por unas mismas injusticias pueda devenir en trayectorias colectivas de politización y autoorganización popular, como ya había ocurrido en esas otras ocasiones en el pasado. Esto tendría cierto efecto en el carácter desarticulado y explosivo, aparentemente apolítico, de muchos de los casos de lucha que se analizan. Por último, vemos aquí también una profunda preocupación de Delgado por aquello, muy en la línea de los trabajos de Loïc Wacquant (2001; 2003; 2014), de la prisionización del ghetto y la ghetitificación de la cárcel, ese proceso perverso por el que la gestión de la pobreza por parte del Estado va siendo cada vez menos asistencialista y más represiva y policial, de modo que se va normalizando una continua circulación de ida y vuelta de unos mismos cuerpos entre el barrio marginal (y, por lo general, racializado) y la institución penitenciaria. Y, en realidad, no es ese el único punto de solapamiento entre las propuestas teóricas de Delgado y de Wacquant, pues, eso que éste último defiende de que el neoliberalismo realmente existente es, más que un modelo económico, un proyecto político, y uno que sólo es capaz de cumplir sus promesas para con las clases privilegiadas (mayor libertad, más oportunidades, vidas más plenas y satisfactorias) a costa de aplicar a las clases populares formas de gobierno crecientemente agresivas, autoritarias e intrusivas en sus vidas (Wacquant, 2012; 2009), ya hemos visto que no carece de resonancias con el diagnóstico que vemos dibujarse aquí, en *La ciudad mentirosa*.

Finalmente, el séptimo y último capítulo, a pesar de ser muy corto, se divide temáticamente en dos partes, hasta el punto de que sin mayor problema podrían haberse presentado como dos capítulos distintos. En las primeras 20 páginas, describe el último periodo de la Barcelona modélica, que arrancaría a mediados de los años 2000, y se caracterizaría porque, ante el patente e inevitable fracaso de las élites a la hora de "constituir una ciudad que escenificara el triunfo final de las clases medias" (Delgado, [2007] 2017: 269), esas élites reaccionan refugiándose en la ponzoña del odio oligárquico a los rostros y cuerpos de la pobreza, y situando la represión abierta y sistemática de esa pobreza no ya como un engranaje más de su proyecto político, sino como el centro o corazón del mismo. Al leer los fragmentos recogidos en este capítulo, y firmados por muy respetados y distinguidos intelectuales de la Barcelona oficial, como el arquitecto Oriol Bohigas, acerca de esos cuerpos tan inoportunos que venían a ensuciar su utopía urbana con su mera presencia, resulta imposible no acordarse de esa "demofobia", ese imperecedero odio y repugnancia de las élites hacia los pobres, los nadie, los plebeyos, que otro barcelonés, el filósofo Antoni Domènech, documentaba en los primeros capítulos de su clásico *El eclipse de la fraternidad* (2004).

Las siguientes 8 páginas, las últimas del libro, no son otra cosa que una conclusión del mismo: recorre muy por encima todo aquello de lo que se ha hablado, y expone más clara y explícitamente que en ningún pasaje anterior las tesis fundamentales que ya decíamos que atraviesan todos los capítulos.

Por último, y dado que ésta no es una reseña de *La ciudad mentirosa* sin más, sino concretamente de la tercera edición publicada en 2017, queda señalar el elemento más destacable que aparece frecuentemente aquí y que sin embargo no podría haber estado presente en la primera edición de 2007, ni en la segunda de 2010: se trata del retrato que Delgado ofrece de la etapa de gobierno de la plataforma Barcelona en Comú y su líder Ada Colau, que, recordemos, arranca en 2015. En esto el autor se muestra (como en todo lo demás, por otra parte) cristalino, y nada conciliador. Desde su punto de vista, a pesar de algunas buenas intenciones y algún que otro intento de implementar alguna política social aquí o allá, en lo sustancial los gobiernos de Barcelona en Comú representarían una continuación del proyecto de ciudad vigente en las últimas décadas. No sólo aplicarían las mismas políticas y se mostrarían sin capacidad ni intención de poner coto a las dinámicas de gentrificación, sino que algunas de las mentes clave en la gestación del 'Modelo Barcelona' en los años ochenta habrían vuelto a ser protagonistas también de la pretendida ruptura efectuada por los gobiernos de Colau. No hay que perder de vista que los tres partidos que han gobernado Barcelona casi todo este tiempo, PSC, ICV y EUiA, son los mismos que integran el gobierno municipal actual, aunque con la correlación de fuerzas alterada, y con la presencia de algún *outsider* proveniente de los movimientos sociales, como la propia alcaldesa. A ojos de Delgado, la etapa Colau no supondría una superación de la ciudad neoliberal de las últimas décadas, sino su renovación cosmética, escenificada por la pretensión nostálgica de volver a las primeras fases de

ese 'Modelo Barcelona', reinterpretadas ahora como una etapa dorada previa a la innegable degeneración de los últimos años. De hecho, en otras obras hemos podido ver al autor de *La ciudad mentirosa* sostener que las nuevas izquierdas emergidas en los últimos años, en torno a Podemos a nivel español y a En Comú en el caso catalán, constituyen la culminación de un proceso por el que el espacio tradicional de la izquierda revolucionaria habría ido siendo usurpado por una combinación de republicanismo liberal elitista, envuelto en crípticas gramáticas de apariencia rupturista, con tímidos programas económicos apenas socialdemócratas (Delgado, 2006). Teniendo en cuenta esa posición defendida por el autor, no cuesta mucho entender su escaso entusiasmo por la gestión municipal de este último lustro por parte de los comunes de Colau.

En síntesis, *La ciudad mentirosa* arranca con una descripción de las políticas urbanas aplicadas en Barcelona y una exploración de sus raíces históricas; continúa desvelando cómo esas políticas son el último ariete de la modernidad, por lo que además de ser fábricas de pobreza, atacan la diversidad y conflictividad propias de la vida urbana, y pretenden convertir las ciudades en pesadillas irrespirables, que sólo la clase media más snob puede llegar a soportar; prosigue analizando los sucesivos momentos en que se ha opuesto resistencia, y/o en que han irrumpido otras formas de vivir y relacionarse, ante el estupor de una burguesía horrorizada por el retorno de lo humano; y al final, muy escuetamente, termina señalando la espiral represiva con que la clase dominante local ha respondido a esta insolencia de la Barcelona popular. Así, a vista de pájaro, no es difícil darse cuenta del gran valor que este libro puede tener tanto para aquellos científicos sociales que quieran adentrarse en el estudio de la ciudad (no ya de Barcelona, de cualquier metrópoli capitalista) desde una perspectiva crítica con el poder, como para aquellos militantes que simplemente busquen un mapa teórico de lo urbano que, por ser analíticamente profundo y riguroso sin renunciar por ello a un ápice de compromiso y de sana parcialidad, pueda resultarles de verdad útil en sus batallas, sus estrategias de resistencia, su práctica política.

Referencias bibliográficas

Delgado, Manuel [2007] (2017). *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del 'Modelo Barcelona'*. Catarata.

Delgado, Manuel (2016). *Ciudadanismo. La reforma ética y estética del capitalismo*. Catarata.

Díaz-Parra, Ibán (2010). *Sevilla, cuestión, de clase. Una geografía social de la ciudad*. Atrapasueños.

Díaz-Parra, Ibán (2011). Desplazamiento, acoso inmobiliario y espacio gentrificable en el caso de Sevilla. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 2, 48-68.

Domènech, Antoni (2004). *El eclipse de la fraternidad. Una revisión republicana de la tradición socialista*. Crítica.

Goffman, Erving (1972). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu.

Wacquant, Loïc (2001). Deadly symbiosis. When ghetto and prison meet and mesh. *Punishment and Society*, 3(1), 95-134. <https://doi.org/10.1177/14624740122228276>

Wacquant, Loïc (2003). The penalization of poverty and the rise of Neo-liberalism. *Capítulo Criminológico*, 31(1), 7-22.

Wacquant, Loïc (2009). *Punishing the Poor. The Neoliberal Government of Social Insecurity*. Duke University Press.

Wacquant, Loïc (2012). Three steps to a historical anthropology of actually existing neoliberalism. *Social Anthropology / Anthropologie Sociale*, 20(1), 66-79. <https://doi.org/10.1111/j.1469-8676.2011.00189.x>

Wacquant, Loïc (2014). Marginality, ethnicity and penalty in the neoliberal city: An analytic cartography. *Ethnic and Racial Studies Review*, 37, 1687-1711. <https://doi.org/10.1080/01419870.2014.931991>